

Adviento: tiempo fuerte para una cultura llamada débil

José L. Sánchez Nogales

En las cuatro semanas anteriores a la celebración del acontecimiento más original de la fe cristiana –la encarnación de Dios–, el llegar a ser Dios un hombre de esta historia, nos sitúa la Iglesia en este tiempo especial de Adviento.

Es un tiempo litúrgico, sagrado. Un tiempo sagrado es la afirmación de un momento especialmente fundamental en el transcurso amorfo del tiempo. En el Adviento–Navidad el tiempo histórico es santificado por la encarnación del Hijo de Dios.

Para presentar de un modo sintético lo que supone este tiempo en la mente de la Iglesia, destacándolo en la vivencia del tiempo de la cultura post–moderna, acudiré a cuatro rasgos fundamentales que lo definen teológicamente, desde la propia expresión litúrgica de la fe eclesial, y lo contradistinguen sobre el telón de fondo de los valores de esta cultura que ha dado en llamarse débil.

Del presente a la esperanza.

La consideración cristiana del hombre se define por la visión del mismo como ser que vive en la esperanza. Si el hombre no vive en la esperanza, entonces es que en realidad no vive, sino que muere.

El hombre no es un ser encerrado en sí mismo, producto de un azar ciego y una necesidad sin causa. No es un ser arrojado a la soledad, como un zingaro tocando su violín al margen del universo donde debe vivir; universo sombrío y

frío, sordo a su música, indiferente a sus anhelos e insensible a sus crueldades y crímenes, según la hipótesis de un universo sin Dios diseñada por J. Monod.

Esta mentalidad ha estado especialmente extendida como modelo de convicción en la cultura moderna. Sin saber por qué, mucha gente ha vivido, y vive, convencida de que habita en un universo sin Dios. Y un universo sin Dios termina siendo, efectivamente, un universo inhóspito para el hombre.

La cultura post-moderna absolutiza el presente como tiempo total. Tiene el valor de hacer consciente al hombre de la necesidad y posibilidad de gozar el tiempo que vive día a día. Pero, a la postre, alberga el grave peligro de volverse conservadora. Conservadora de las pocas migajas de efímera felicidad que el hombre acecha en la mesa del presente y que le hurtan del horizonte la gran esperanza que hace posible su actividad inconformista y transformadora de la realidad.

El creyente cristiano, reconociendo los valores que se desprenden de la mesa del presente, debe aprender a reconocerse a sí mismo en un horizonte que rompe el mero presente con su amplitud. En él se perfilan los rasgos que definen su identidad, desde la cual puede alcanzar la liberación, tanto de la tentación moderna de un universo sin Dios como de la post-moderna de un presente sin futuro.

El cristiano se sabe un ser amado por Dios, en quien percibe tener su último origen y fundamento. Ha sido llamado hijo de Dios y vocacionado a la amistad con El en la persona del Hijo Único revelado en Cristo. Se entiende a sí mismo como liberado, por ese único Cristo, de la raíz última de todos los males, el pecado, y confiesa, en la fe, que tiene ante sí la posibilidad de romper con esa dinámica del mal para acogerse a otra distinta: la dinámica de la gracia y del perdón que ha sido proclamada por el Dios clemente, misericordioso, compasivo, sensible a los gozos y las sombras, las risas y las lágrimas, la música y los clamores del hombre.

El creyente cristiano se reconoce como un ser con nombre propio. Un ser con vocación, llamado por Dios a la vida y a la libertad. Lo que constituye el ser cristiano es el nombre propio pronunciado por Dios. Eso es una vocación, una llamada. Cuando Dios pronuncia su nombre y le llama su hijo, recibe una vocación a serlo de verdad.

El cristiano es un ser con futuro absoluto, con capacidad para vivir la esperanza del advenimiento último de Dios y de su reino, inaugurado por su Mesías en el mundo. Esa dimensión de futuro, puesta de manifiesto como nunca por la teología cristiana, es la que fundamenta el sentido general positivo de la vida del hombre sobre la tierra. Le confiere una fuerte conciencia de su realidad y dignidad humanas y le hace capaz de transformar en serio su propia vida, la

de las comunidades humanas y la faz del mundo en que vive. Sin sentido del futuro no es posible la esperanza; sin esperanza auténtica no hay historia, ni progreso, ni posibilidad de cambio, ni iniciativa de transformación de la realidad.

Pero, como hombre inserto en la temporalidad, se siente, sin embargo, siempre tentado a volcar esa esperanza en elementos de su presente, retorciendo su sentido: en el sentimiento orgulloso de sus propias fuerzas, en la fascinación de los redentores humanos que el decurso inexorable de la historia acaba desmascarando, en el creer que ya está alcanzada la última meta y poseída la última perfección, o en la pasividad mortífera de quien no tiene capacidad de creer en nada ni en nadie.

Frente a esa tentación, el Adviento es un tiempo de "regreso al futuro"; un tiempo para recuperar la dimensión de esperanza que, a veces, se ahoga en la intensidad de un presente que impide ser de verdad: porque sólo se puede ser hacia adelante, es decir, en la esperanza. Ante la actitud post-moderna de un total vuelco en el presente efímero, aun reconociendo sus valores, el hombre cristiano es el que ha comprendido que no puede él solo, ahogado en su presente, encontrar, ni ofrecer, una auténtica salvación al margen de Dios y del futuro de Dios. A Dios se le margina cuando se pierde del horizonte de la vida su tiempo: el tiempo definitivo de Dios es el futuro.

Cuando el creyente reconoce la dignidad de su identidad y, al mismo tiempo, su impotencia, entonces se siente embargado por un sentimiento de nostalgia. La nostalgia recibe dos acepciones en idioma castellano: ya sea la pena de verse ausente de la Patria o de los deudos o amigos, ya sea la tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida, añorada. Dios parece ausente de la escena presente donde se desarrolla la vida creyente.

En ese momento los gritos de los profetas se convierten en vehículo de esperanza. Vuelven al hombre consciente de su pecado, de los obstáculos personales y comunitarios que le separan de Dios; le denuncian el empecinamiento en encerrarse en su presente imperfecto, marginando el futuro perfecto, definitivo, de Dios.

Las lecturas proféticas del ciclo A hablarán de la alegría de los que vuelven del destierro y se dirigen a Jerusalén (Dom. I: Is 2,1-5); de la renovación de las esperanzas del pueblo en una justicia y una paz distintas que empieza con el anuncio "brotará un renuevo del tocón de Jesé... defenderá con justicia al desamparado" (Dom. II: Is 11,1-10); de florecimiento del desierto y curación de las enfermedades (Dom. III: Is 35,1-6.10); y del Emmanuel, o Dios que está con nosotros (Dom. IV: Is 7,10-14).

En el ciclo B se presentará a un Dios que viene como Padre y sale al encuentro del hombre manchado por la culpa pero que invoca su presencia

misericordiosa y consoladora, diciendo: "¡ojalá rasgaras los cielos y bajaras!" (Dom. I: Is 63,16-64,8); un Dios que se acerca como consuelo de los corazones afligidos, atravesando desiertos y cruzando valles y colinas (Dom. II: Is 40,1-5.9-11); un Dios que viene como buena noticia de gozo y salvación para los hombres prisioneros, atrapados en las innumerables cárceles y cautividades que acechan a la vida humana y amenazan con asfixiarla y ahogarla (Dom III: Is 61,1-2a.10-11); un Dios que se anuncia como poniéndose de parte del hombre, dándole la posibilidad de la paz, como Padre que hace sentir su presencia protectora y fortalecedora (Dom. IV: 2 Sam 7,1-5.8-16).

En el ciclo C las lecturas proféticas anunciarán a un Dios que se manifiesta a sí mismo como Aquel que tiene palabra y cumple con fidelidad sus promesas suscitando "un vástago legítimo a David que haga justicia en la tierra" (Dom I: Jer 33,14-16); un Dios que llama a dejar los vestidos de luto para vestirse de fiesta en la reunión de todos sus hijos que él ha convocado, allanando colinas y rellenando barrancos para facilitar el camino del encuentro (Dom II: Bar 5,1-9); un Dios que cancela la justa condena del hombre y le declara su amor salvador por encima de sus infidelidades, llamando a la alegría y al regocijo (Dom. III: Sof 3,14-18a); y un Dios que enaltece y encumbra lo pequeño de este mundo, Belén de Efrata, haciéndolo punto de partida de gracia y de salvación (Dom. IV: Miq 5,2-5a).

En estos gritos proféticos y en la nostalgia de su pueblo, Dios estuvo presente; como un ser querido y añorado, se hace dolorosamente presente en el anhelo de su venida; la herida sangrante que deja la ausencia de Dios en la vida de los hombres llega a convertirse así en el símbolo doloroso de una futura presencia purificadora y redentora.

Tiempo de esperanza. Porque el grito de unas gentes que no habían encontrado salvación ni justicia, ni liberación de la violencia de los propios pecados, fue escuchado por el Dios del universo, sensible a los lamentos del hombre, que se conmueve con sus alegrías y se entristece con sus desgracias.

Dios no defraudó las esperanzas proféticas. Rasgó los cielos y bajó, colmando el anhelo profético, "¡Ojalá rasgaras los cielos y bajaras!" (Is 63,19), y llegó a ser un "Dios con nosotros" (Mt 1,23, citando Is 7,14). No lo hizo con el fragor ni el estruendo de los truenos, como en el monte Sinaí ante Moisés; lo hizo en el callado silencio y la entrega generosa de aquella bienaventurada doncella nazarena, en cuyo seno tomaría carne de nuestra carne el Dios de bondad y misericordia que, con tanta avidez, esperaron los siglos.

Esperanza, porque Dios no será ya el sentimiento nostálgico de una ausencia dolorosa, sino la experiencia gozosa de una presencia purificadora, renovadora y redentora. Esperanza, porque a pesar de lo difícil y dura que se presenta, a

veces, la vida para los seres humanos, ha sido ya proclamada la venida inminente de un Dios en el que el hombre doliente puede encontrar una graciosa posibilidad de último amparo y definitivo consuelo.

De la experiencia religiosa a la conversión.

Si el aliento de esperanza viene dado por la palabra de la predicación profética, el aviso y la llamada a la conversión se escuchará, en el Evangelio, de labios de esa figura de transición que es Juan el Bautista.

En el ciclo **A** se escucha anunciando la inminencia de un advenimiento: "el Reino de Dios está cerca. Convertíos. Preparad los caminos del Señor" (Dom. II y III: Mt 3,1-12 y Mt 11,2-11).

En el ciclo **B** aparecerá como voz que clama en el desierto: "preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos", y predicando que se convirtieran (Dom. II: Mc 1,1-8 y III: Jn 1,6-8.19-28).

En el ciclo **C** se presenta Juan predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados y haciéndose portavoz del profeta Isaías que anuncia la cercanía salvadora de Dios (Dom II: Lc 3,1-6); asimismo proclama una nueva justicia que implica la conversión del corazón y de la conducta del hombre y es anuncio inmediato de la presencia del que es más grande y viene a convertir los corazones con el Espíritu Santo (Dom III: Lc 3,10-18).

Esta llamada debe resonar hoy en los oídos de un hombre post-moderno que ha revalorizado la experiencia en sí, absolutizándola como fuente no sólo de saber sino de vida y realización personal. Es la respuesta del post-moderno frente a la pretensión omnimoda de la racionalidad moderna que proscribió toda experiencia no encuadrable en sus moldes metodológicos, fabricados desde una racionalidad demasiado miope para con la riqueza de la vida y sus posibilidades. Ese es su mérito.

Pero, al contraluz, esta revalorización de la experiencia en sí ha revelado un grave peligro que incide de modo directo en el ámbito de la religiosidad: la absolutización de la experiencia directa como medida de la religión y de Dios. Dios y la religión han de adaptarse, no ya a los moldes de la racionalidad moderna sino a los de la experiencia directa de cada persona. No es el hombre el que ha de convertirse al misterio inabarcable e insible de Dios, sino Dios y la religión quienes han de amoldarse a las posibilidades de la experiencia directa de cada individuo. Es la inmanentización de Dios. También una religiosidad que comienza a llamarse débil o de bolsillo.

La conversión reclamada por la Sagrada Escritura es, por el contrario, una llamada al cambio. No está el hombre condenado a seguir siendo siempre lo

mismo, sin salir de su propia pobre medida. Puede cambiar. Nadie le ha condenado a permanecer por siempre sin horizonte y sin salida, atrapado en su pobre experiencia, tantas veces de fracaso y de pecado. El Dios que constituye la esperanza llama, grita como voz en el desierto, pidiendo que se remuevan los obstáculos para hacer posible su paso por la vida del hombre, para que sea posible el cambio en la manera de pensar y en la manera de actuar.

La presencia de Dios en el mundo es fruto de la gracia y de la misericordia. El hombre no puede ser, sin pecar, insensible a esta manifestación de amor y de bondad. No se le pide al hombre que construya su propia salvación. Se le pide que remueva los obstáculos que impiden a Dios tocar su corazón y marcarlo con el sello de los amigos: "allanad los caminos del Señor" (Mc 1,1-8).

"¡Convertíos!", será el grito del Bautista, pidiendo que no se cierre la puerta a Dios que viene. El cristiano no puede volver su rostro ante este Jesús peregrino de todos los caminos del hombre; pues es Dios quien pasa y no puede cerrar y endurecer los oídos a una Palabra que viene en el nombre del Señor. La actitud del cristiano ha de ser la de abrir las puertas al Redentor, preparar los caminos del Señor. He ahí el mensaje del Bautista, en síntesis, para el hombre de todos los tiempos.

Fue recogida, allá en los tiempos del siglo de oro español, por F. Félix Lope de Vega, con tanta sensibilidad y expresada con tan alta inspiración poética, esa situación del hombre tantas veces cerrado en sí al camino de Cristo y tantas otras arrepentido de su cerrazón:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
 ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
 que a mi puerta, cubierto de rocío,
 pasas las noches del invierno, oscuras?
 ¡Oh, cuán fueron mis entrañas duras,
 pues no te abrí, qué extraño desvarío,
 si de mi ingratitud el hielo frío
 secó las llagas de tus plantas puras!
 ¡Cuántas veces el ángel me decía:
 alma, asómate ahora a la ventana,
 verás con cuanto amor llamar porfía!
 Y ¡cuántas!, hermosura soberana,
 mañana le abriremos, respondía,
 para lo mismo responder mañana.

¡El hombre de hoy tiene tantas ideas en su mente! ¡Le abruman tantas palabras! Su mentalidad ¡está tan acomodada ya a su situación, a su experiencia! Corre el riesgo de adaptar la Palabra de Dios a su vida, ¡tan hecha ya!, sin

advertir que la salvación, según la genuina predicación cristiana, viene de adaptar su vida a esa Palabra.

La mente del hombre es sutil. Le engaña con frecuencia. Le tranquiliza induciendo el pensamiento de que ya ha escuchado y ya ha obedecido bastante la Palabra. Cuando en realidad tiene una enorme capacidad de negociar con la Palabra, de domesticarla, incluso, y de despojarla de toda su carga de denuncia y de inquietud bajo el señuelo de someterla al filtro de la propia experiencia personal sentida en el corazón.

El grito de Juan viene a sacar al cristiano de la tranquilidad de sus pactos y sutiles negociaciones con Dios en huida de la entrega creyente. A poco que analice, su vida es una negociación continua. Juan solicita el abandono de los pactos: ¡Convertíos!, ¡cambiad de modo de vida! Porque, ante el que viene en el nombre del Señor, la vida no puede quedar, sin más, como estaba. Ante El es necesario cambiar modos y hábitos de vida que no son concordantes con su presencia. Podría ser, en paráfrasis, el mensaje de Juan.

En efecto, la teología ascético-mística cristiana descubre que puede haber zonas y dimensiones de la propia vida que no estén aún convertidas, zonas del diario vivir que el hombre sustrae a la iluminación de la Palabra que denuncia; zonas que el creyente puede ocultar de la exigencia de cambio y camuflar haciéndoles perder importancia: en el fondo, se piensa, se trata de pequeñas cosas que no tienen importancia, son muy humanas, no hay que ser tan dramáticos, conviene tener un poco de mano izquierda con uno mismo.

La pérdida de importancia es un excelente camuflaje para aquellas zonas o dimensiones de la vida creyente que se resisten fuertemente a la conversión. Zonas que hacen referencia a formas y estilos de trato con los demás, al lenguaje sobre los demás, a los compromisos comunitarios, a las exigencias pastorales, al cultivo de la piedad personal y comunitaria, a la ineludible limpieza en el campo de la afectividad, etc., etc. Se trata de zonas prohibidas, oscuras, vedadas a la penetración de la Palabra, necesitadas, por tanto, de iluminación, de obediencia y de conversión.

Ante el que viene en el nombre del Señor, según el anuncio del Bautista, el creyente tiene compromisos que asumir con valentía, mucho más si está cualificado para un ministerio eclesial; tiene, casi siempre, una cuenta pendiente de compromiso cristiano, de testimonio en su mundo y ante su cultura; tiene una necesidad teológica de alinearse con la comunidad una, la comunidad eclesial de los bautizados en Cristo, para contribuir a un eficaz testimonio de Dios y de su Mesías en una sociedad cada vez más secularizada, más sin esperanza y más sin causa.

El cristiano, en un mundo fragmentado, tiene una necesidad teológica de alinearse en la comunión eclesial. Las relaciones eclesiales deberían estar presididas, siempre, por el primado de la fraternidad en los sacramentos del bautismo y la eucaristía. Debería dolerse cada cristiano de su propia responsabilidad en que esto no sea siempre así.

La voz de Juan llega con sus ecos hasta hoy. ¡Convertíos! O una vez más pasará ante vosotros. Lo tendréis aquí habitando entre vosotros. Y los demás no verán en qué os afecta su presencia, ni notarán en qué se manifiesta que sois quienes decís ser. Juan es la figura portadora de este aviso: sigue siendo hoy la voz que grita en el desierto: "¡Preparad los caminos del Señor!"

La voz de Juan resuena y clama en ese desierto que es la vida de cada creyente. Para recordarle que él, y sólo él, puede remover los obstáculos que impiden al Cristo tocar su corazón, que el camino del Señor pase por su vida.

Del grupo calido a la fraternidad en caridad.

La post-modernidad ha puesto de relieve la importancia del grupo humano como lugar de la calidez afectiva. Es el lugar donde se experimenta el sentimiento gratificante de la propia identidad frente a una estructura social fría y funcionalista que reduce al más gris anonimato. El éxito evidente de los grupos humanos cálidos en la post-modernidad, llamense conspiración, movimiento religioso alternativo, secta, asociación cultural, nuevo movimiento de renovación, cada uno en su grado y nivel, se apoya, en gran medida, sobre este valor de la post-modernidad.

Pero, al contraluz, se perfila también un lado oscuro. La acentuación de la dimensión gratificante del cálido afecto grupal puede conducir al oscurecimiento y pérdida de la dimensión de la gratuidad, de la caridad dadivosa, que exige renuncia y esfuerzo, y que sólo es posible desde el enraizamiento en la plenitud de Dios.

En el Adviento-Navidad se conmemora de modo especial el amor de Dios a los hombres. Tanto amó Dios al mundo que nos envió a su Hijo único. Todo amor es gracia, y la gracia es fruto del amor.

Gracia es gratuidad, regalo. Gracia es dar lo que no se está obligado a dar, y recibir aquello a lo que no se tiene derecho. Y es dar con gozo; y dar sin disminuirse a sí mismo. Esta gracia operativa tiene un nombre: amor, caridad. Sólo el amor caritativo es capaz de dar gratuitamente; sólo el amor teologal, al dar, no disminuye, sino que hace crecer.

Amar es dar. Y es dar de sí mismo. Dar para que el otro crezca, para que el otro sea. Es hacer sentir al otro la vida y ser capaz de transmitirle esperanza y ánimo para vivirla con alegría y dignidad.

Amar es liberar. El amor caritativo no ata. El amor enraizado en Dios se experimenta siempre con un sentimiento de liberación y de libertad, de ensanchamiento del ser, de nuevo nacimiento.

Adviento es tiempo de amor-caridad en el discurso teológico y en la liturgia cristiana, porque Dios da a su propio Hijo. Y lo da para liberar y salvar. Y lo da por pura gracia. No tiene el hombre que merecer el amor de Dios. Eso significa gracia. Si el hombre no puede comprender lo que significa gracia es porque no puede amar sin que el otro merezca, de algún modo, el amor. El amor, muchas veces, no es gratuito. Es un amor obtenido por el otro a cambio de algo. Esto incapacita para penetrar lo que significa gracia.

En un ambiente cultural en el cual los valores que se imponen son la utilidad y la eficacia, incluso la utilidad y eficacia de sentir en el otro la calidez gratificante del afecto, Jesús de Nazaret es presentado por la liturgia cristiana como amor gratuito ofrecido a todos sin distinción.

No se trata de retórica teológica, sino de certeza histórica. Los predilectos del Nazareno no fueron los que podían pagarle con poderes, aplausos, dinero o, incluso, afecto. Sus predilectos fueron los disminuidos en su ser humano, físico, espiritual o moral. En ellos volcó su amor para hacerlos crecer y darles la medida plena de su dignidad de hijos de Dios. Buscó a los débiles de este mundo: los niños, los ciegos y cojos, los lisiados y paralíticos, los leprosos y epilépticos, los pecadores, los abandonados, los tristes, los sin familia, los pobres.

Pero el amor teologal es siempre mayor. Por eso amó a todos estos sin despreciar al económicamente holgado Nicodemo, ni eludir la comida en casa del fariseo Simón o el rico Zaqueo, además de no tener remilgos a la hora de alojarse en la casa de una familia acomodada, como era la de Lázaro y sus hermanas. No saquemos las cosas de quicio. En el mensaje cristiano el amor de Dios es para todos: a todos interpela y a todos llama a la conversión.

El amó primero. El amor es una fuerza que termina produciendo amor. Sólo el amor es una medida justa para corresponder al amor. El amor de Dios en Cristo se refleja en la caridad que se ve en la comunidad de los creyentes. En clave teológica cristiana, si se priva a los demás, a cualquier "otro", de la caridad, se hace resbalar sobre el corazón el amor de Dios en Jesucristo y en el Espíritu Santo.

No se trata de conversión a un amor abstracto, o a un amor racionalizado en un discurso teórico sobre los marginados o los pobres. La caridad no habita en

un discurso teórico donde se racionaliza la fe, sino que habita en una concreta y efectiva actitud de vivir desde el amor teologal, y ello en el seno de la Iglesia y en el interior mismo de la pequeña comunidad donde diariamente debe desarrollarse la vida, enmarcada, a su vez, en la gran comunidad universal de los hombres de diversa lengua, raza y nación, unidos radicalmente en el amor creador, originante, de Dios.

S. Pablo y las cartas apostólicas son los encargados de recordar las exigencias del amor de Cristo, y de la caridad creyente en el seno de la comunidad.

En el ciclo A se lee: "acogeos mutuamente, estad de acuerdo" (Dom. II: Rom 15,4-9), "no os quejéis unos de otros..." (Dom. III: Sant 5,7-10) y "todos los de Roma, a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo" (Dom. IV: Rom 1,1-7).

En el ciclo B se oye a Pablo decir a los Corintios: "os tengo siempre presentes" (Dom. I: 1 Cor 1,3-9). Pedro dirá que "Dios tiene mucha paciencia con nosotros porque nos ama" (Dom. II: 2 Pe 3,8-14). En el tercer Domingo escucharemos, "estad alegres, celebrad la fraternidad en la acción de gracias eucarística y en la oración" (Dom. III: 1 Tes 5,16-24). Y de nuevo Pablo recordando a los Romanos el Misterio secreto de Cristo Jesús: Dios como amor salvador (Dom. IV: Rom 16,25-27).

En el ciclo C S. Pablo comienza diciendo: "que el Señor os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos, lo mismo que nosotros os amamos" (Dom. I: 1 Tes 3,12-4,2); y continúa, "testigo me es Dios de lo entrañablemente que os quiero, en Cristo Jesús. Y esta es mi oración: que vuestra comunidad de amor siga creciendo más y más..." (Dom. II: Fil 14,4-6.8-11). En el tercer Domingo nos exhorta a la alegría en la paz del corazón que se sabe amado por Dios (Dom. III: Fil 4,4-7).

La caridad en Jesucristo es el pilar esencial de la comunidad eclesial. El Adviento va a pedir una revisión de ella. La caridad es signo visible del discipulado de Cristo (Jn 13,34-35). Y el testimonio de la caridad es no sólo una exigencia teológica de la comunión en el sacramento de la eucaristía, sino además una necesidad pastoral como signo identificador de discipulado.

Guardar el único rebaño, del único verdadero buen pastor (Jn 10,11.16), implica la caridad teologal y testimonial en aquellos que han sido llamados a ser uno (Jn 17,11.21.22) y, más aún, perfectamente uno (Jn 17,23), para que el mundo crea (Jn 17,21) que Jesucristo es verdaderamente el enviado de Dios Padre.

Tiempo de Adviento, por tanto, tiempo teológico para la revisión de la caridad en el seno de la comunidad religiosa y humana.

De la inflación de la palabra al gozo del testimonio.

Si el grito de esperanza viene de labios de los profetas, la exhortación a la conversión es obra de Juan el Bautista y el discurso sobre el amor cristiano y la gracia vienen de la pluma de Pablo y las cartas apostólicas, es la figura de María la que pone ante los ojos el buen hacer del callado testimonio creyente en la fe.

Es absolutamente cierto que la mayor eficacia en el anuncio de la Buena Nueva, reside en la fe testimonial de la persona o de la comunidad. Y la fe es esencialmente un acto de humildad ante una Palabra que no es fruto del ingenio humano, sino de la inaprehensible voluntad de Dios.

En el **ciclo A** puede leerse: "la criatura que hay en ella, viene del Espíritu Santo... y es el Emmanuel, Dios con nosotros" (Dom IV: Mt 1,18-24).

En el **ciclo B** resonará en el evangelio de Lucas el saludo del ángel a María: "alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo... la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra.. y el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios" (Dom. IV: Lc 1,26-38).

En el **ciclo C** contemplaremos la escena del encuentro entre María e Isabel: "En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo, y dijo a voz en grito. -¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! - ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? - En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído...!" (Dom. IV: Lc 1,39-45).

Estos textos del Evangelio dan a entender que la sola presencia testimonial de la mujer de fe, de aquella que, después de la turbación inicial, respondió con generosidad a una vocación sentida como viniendo de Dios, hace inmediatamente presente al Señor y provoca el que los demás tomen conciencia de esa presencia, de la presencia del Dios que vive en la fe del creyente.

La post-modernidad ha puesto de relieve el valor de lo narrativo. De un discurso excesivamente conceptualizado por la lógica de la modernidad, se quiere venir a una sabiduría que se libere de la estrechez del concepto lógico en la amplitud de una palabra que prenda su significatividad en el ámbito de las experiencias profundas del hombre. Esa sabiduría podría entonces brotar con mayor fluidez expresiva en un discurso capaz de contar lo que el hombre siente, lo que necesita, lo que busca.

El contraluz de este gran valor de la post-modernidad es la caída en una inflación de la palabra. El desatamiento de una verborrea incontenible e inasimilable que induce, a la postre, a mayor confusión y desconcierto.

La figura de María sirve de contraste a este probable contravalor de la post-modernidad. María cree y guarda silencio. En un mundo saturado de palabras,

donde éstas no son siempre designativas de verdad, sino de conveniencia e interés, es el mejor testimonio la fe humilde del creyente que, amasada en su propia vida, hace presente a Dios en el mundo.

Amasada en la vida de María, en sus propias entrañas, la fe y la obediencia hicieron posible la necesaria dimensión humano-divina del Salvador. Amasada en la vida del creyente, la fe debe dar como fruto la dimensión humano-divina, espiritual-temporal de su testimonio cristiano.

La fe del auténtico creyente, cuando es vivida, no necesita de prolongados discursos, ni sofisticada conceptualización, para ser fermento de anuncio de la Buena Nueva. La vida se va imponiendo por sí misma y, sin palabras, abre los ojos de las gentes a los signos de Dios y desata la lengua para alabarle y bendecirle.

El testimonio vivido del creyente, puede provocar que los hombres reciban a Dios en su casa. Fue así como el testimonio silente de María consiguió que Isabel bendijese a Dios por haberse dignado visitarla, que José recibiera en su casa al mismo Dios encarnado y consiguió que todas las generaciones humanas la llamasen bienaventurada, porque en ella brillaron con especial claridad las grandes obras de Dios en favor de la humanidad (Lc 2,48-49).

Conclusión.

Adviento significa que el Señor está cerca. La liturgia invita a hacer entre nosotros, en la comunidad creyente y en la universal comunidad humana un lugar al Señor que viene. El discurso teológico-litúrgico cristiano expresa así su convicción de que la venida de Cristo puede suponer que innumerables desconocidos sean por El consolados; que muchas vidas maltratadas y doloridas podrán encontrar en El aliento y esperanza; que numerosos hombres sin rostro podrán recibir de El una razón para vivir en un mundo que rezuma violencia, tristeza y desesperanza; que muchos desgraciados podrán encontrar en su palabra un aliento en su doloroso camino de liberación; que a El se volverán muchos rostros y atraerá sobre sí muchas miradas.

Velad y vigilad, dicen los profetas y evangelistas (Dom. I: Mc 13,33-37). Teológicamente eso significa que el Cristo que se acerca debe recibir la acogida de toda la comunidad convocada en su nombre, esforzada en la comunión de caridad, para vertebrar y vincular todos los rincones de la Iglesia y, misteriosamente, de la entera comunidad humana, como único rebaño bajo un único Pastor.

Teológicamente, velar es trabajar desde la fe para que el mundo sea digno de Dios y digno del hombre; es lo contrario de dormir, es mirar con ojos atentos las lecciones que se desprenden de la débil condición de la naturaleza humana e, incluso, de la maldad misteriosa que habita en el corazón humano; es remover

los obstáculos que se oponen a la morada de Cristo entre nosotros; es no dejarse engañar por lo anecdótico, lo superficial; es no caer en las redes de los falsos Mesías, porque hay un único Mesías, el Cristo de Dios, que prolonga su vida histórica y su acción redentora en la única Iglesia de Jesucristo. Ningún hombre, seglar o clérigo, tiene por sí categoría mesiánica. Sólo la Iglesia puede legítimamente realizar el anuncio de ser la continuadora de la obra mesiánica, salvadora y humanizadora, del Cristo. Sólo en el sentir con la Iglesia podremos los cristianos realizar el testimonio anunciador del que viene a salvar en el nombre de Dios. Pretender un testimonio salvífico al margen de la comunión eclesial es caer en un falso mesianismo.

Velar es no dejarse desconcertar por las dificultades que, en todo tiempo, especialmente ahora, acosan a la Iglesia. Las dificultades externas, como son las persecuciones violentas o solapadas, campañas de descrédito y ridiculización, caricaturización de la palabra de humanidad pronunciada desde Dios, obstaculización de su ministerio pastoral en los diversos ámbitos de la vida, o la indiferencia confesional ante sus obras y palabras, etc.. Y las dificultades internas, principalmente la fractura de la propia, necesaria, fraternal, comunión eclesial bajo el peso de nuestros propios errores, y el desdibujamiento del testimonio en la falta de coherencia entre la fe y la vida. Precisamente, cuando las dificultades externas arrecian, es más necesaria que nunca la vivencia de la fe y del apostolado pastoral bajo el signo de la caridad, la conciencia lúcida de la comunión eclesial y la coherencia entre la fe y la vida, la palabra y la obra.

El Adviento es un tiempo teológico-litúrgico y sagrado que advierte a los creyentes de que están llamados a continuar la obra de Cristo en este mundo. No es posible quedar insensible a este tiempo de gracia y conversión. Es invitación a abrir las puertas al Redentor, a preparar la venida del Cristo liberador, a testimoniar la buena noticia de que el que viene en el nombre del Señor es el Padre de los pobres, amigo de los niños, defensor de la dignidad del hombre, consuelo de los atormentados, refugio de los pecadores, apoyo de los que sufren y auxilio de los débiles.

Si es cierto que el mundo se está posicionando en una cultura débil, entonces el hombre de esa cultura es destinatario privilegiado de la buena noticia del Dios que se hace, en Jesucristo, defensor y auxilio de los débiles. Esta cultura es ámbito privilegiado del testimonio anunciador, salvífico, de la Iglesia. El Adviento es un tiempo fuerte para que la comunidad se prepare, en medio de la entera comunidad humana, a abrir las puertas al Redentor.

José Luis Sánchez Nogales